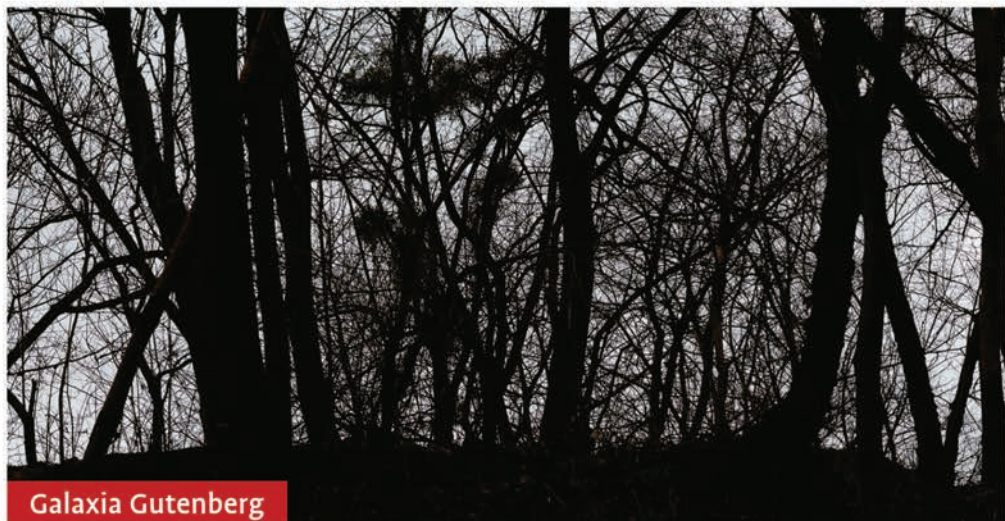




Jonathan Littell
y Antoine d'Agata

Un lugar inconveniente

Traducción del francés de Robert Juan-Cantavella



JONATHAN LITTELL
ANTOINE D'AGATA

Un lugar inconveniente

Traducción de
Robert Juan-Cantavella

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).



Esta publicación ha recibido una ayuda del Babyn Yar Holocaust Memorial Center (BYHMC).

Título de la edición original: *Un endroit inconvenient*
Traducción del francés: Robert Juan-Cantavella

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2024

© del texto: Jonathan Littell 2024
© de las imágenes: Antoine d'Agata 2024
La edición original de la obra fue publicada por Éditions Gallimard
© de la traducción: Robert Juan-Cantavella, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación:
Depósito legal: B 9957-2024
ISBN: 978-84-10107-59-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

El lugar de la ausencia de lugar, el no-lugar,
el ninguna parte.

GEORGES PEREC, *Ellis Island*

Nota sobre las grafías

En este libro he privilegiado la grafía ucraniana de los nombres o los topónimos. Así, «Kyiv» en lugar de «Kiev», «Babyn Yar» en lugar de «Babiy Yar» o «Babi Yar», «Volodymyr» antes que «Vladimir», etc. Ciertamente es que muchos de mis interlocutores bilingües, al hablar conmigo en ruso, a la hora de identificarse utilizaban la forma rusa de su nombre; pero la mayoría de ellos, de haber hablado en ucraniano, habrían utilizado la forma ucraniana de su nombre con igual naturalidad. En tanto que este último es el que figura en sus documentos de identidad, me quedo con él.

Dos excepciones: desde luego, cuando se trata de una persona o de una ciudad rusa utilizo la grafía rusa; en las citas, tanto si se trata de autores ucranianos que escriben en ruso, como de autores rusos o de autores extranjeros, también conservo las grafías originales, a menudo rusas.

J. L.

Otra vez

1. En 1990, una mujer que entonces me era cercana remitió una solicitud a Maurice Blanchot para una revista que ella editaba. La respuesta le llegó en forma de dos cartas: una, manuscrita y personal, la otra, mecanografiada y pública. Yo traduje esta última (bajo pseudónimo) para la revista en cuestión. Empezaba así: «Estimada señora, disculpe que le responda con una carta. Leyendo la suya, donde me solicita un texto para ser incluido en el número de una revista universitaria americana (Yale) con el tema “La literatura y la cuestión ética”, sentí miedo, casi desesperación. “Otra vez, otra vez”, me dije. No es que pretenda haber agotado un tema inagotable, al contrario, tengo la certeza de que ese tema vuelve a mí porque es intratable».¹

2. Un tema intratable que vuelve a mí. También podríamos verlo como una pedrada en la cabeza que me noquea, que me deja atontado. Ni siquiera había empezado y ya estaba exhausto. De nuevo Blanchot: «Querer escribir, menudo absurdo: escribir es la degradación de la voluntad».²

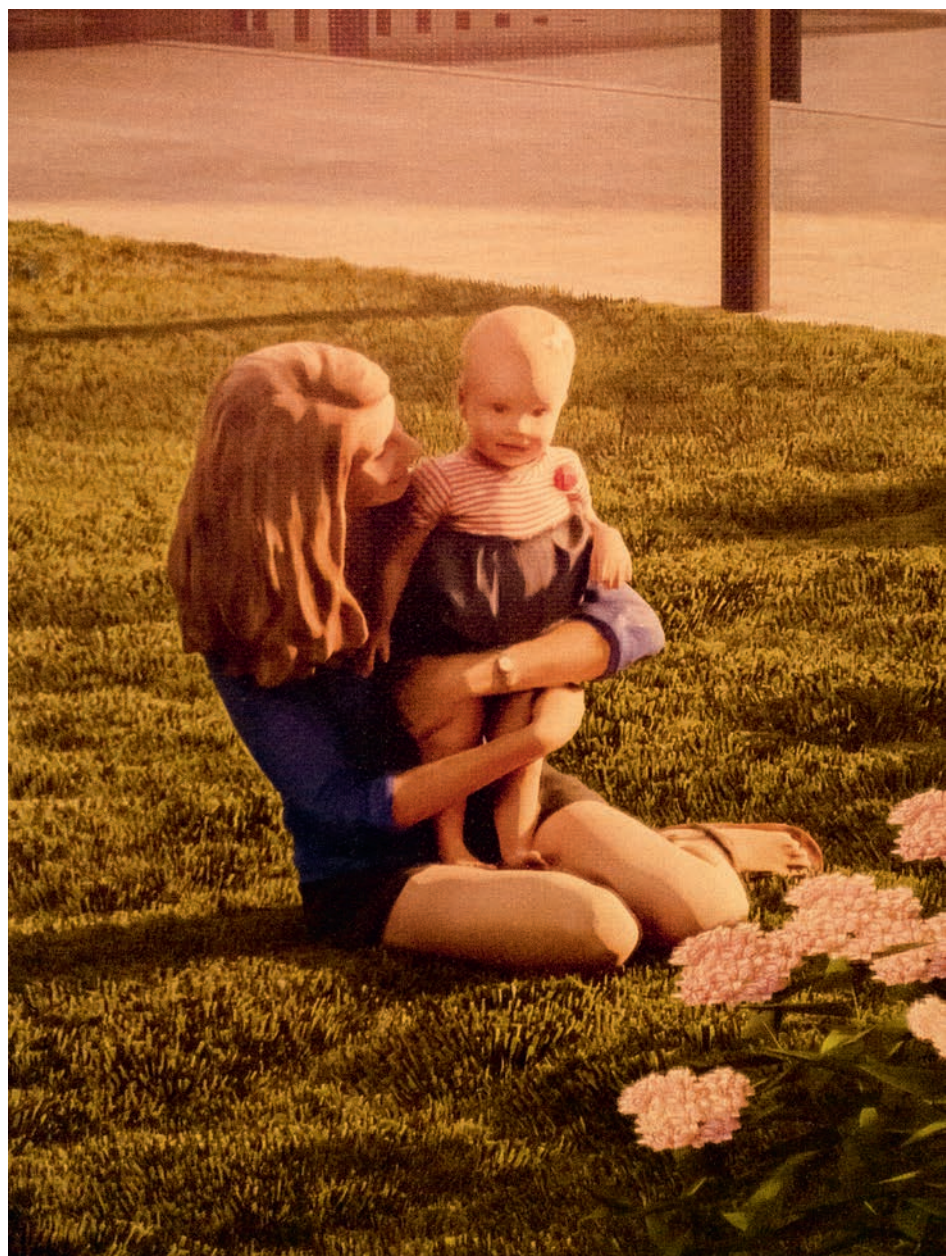
3. Fue a principios de 2021, cuando Europa salía a duras penas del Covid. Un amigo me pidió que escribiera sobre Babyn Yar. «¿Por qué no escribes algo sobre Babyn Yar? Deberías escribir sobre Babyn Yar.» ¿Otra vez? Oh, no, otra vez no.

4. Era un amigo muy persuasivo. «Escucha, tú trabajas con Chernóbil –me decía–. Babyn Yar es lo mismo, es una Zona.» La idea no carecía de interés. Tanto más cuanto que «Zona de exclusión», el término de uso común en francés y en inglés, no es una traducción correcta: *Zona vidtchouzhennia*, el término ucraniano, lo mismo que el término ruso *Zona ottchouzhdeniia*, sería más bien «Zona de alienación». Durante algún tiempo pensé vagamente en que ese podría ser mi título. Pero era una pista falsa.

5. Casualmente, Antoine d'Agata estaba en Kyiv. «¿Y si lo hacemos juntos?», le dije. En mitad de la confusión, siempre es mejor tener compañía.

6. Fuimos juntos a visitar el lugar. Eso fue en abril, estaba nublado, los árboles pelados. Realmente no había mucho que ver. Hice un inventario: dos parques, un bosque, un barranco grande y algunos otros más pequeños, un río subterráneo, monumentos (muchos monumentos), tres iglesias, una de ellas muy antigua y dos nuevas, una sinagoga también flamantemente nueva, un psiquiátrico, una prisión psiquiátrica, un instituto psiquiátrico inacabado, dos cementerios (uno ortodoxo, el otro militar), los restos de otros dos cementerios arrasados (uno judío, otro ortodoxo), las oficinas de la televisión ucraniana, la torre de la televisión ucraniana, edificios de apartamentos, tiendas, escuelas y parvularios, un cine abandonado, un metro, una maternidad, un hospital, una morgue. Antoine estaba tan poco convencido como yo: «¿Qué quieres que fotografíe exactamente?». Decididamente, me dije, puede que sea mejor dejarlo aquí. Olvidar esta historia, pasar a otra cosa.

7. John Steinbeck también fue a Kyiv con un fotógrafo, Robert Capa, en 1947. Ellos no fueron a ver Babyn Yar. Steinbeck en su libro no lo menciona. Ni siquiera debía de saber que existía.³



8. Casi veinte años más tarde, en 1965, a petición de un periódico israelí, también Elie Wiesel visitó la URSS. Él sí sabía lo que era Babyn Yar, pero no pudo localizar el sitio en ningún mapa de Kyiv. Era como si el lugar hubiera desaparecido.

Los guías oficiales del *Intourist* se niegan a llevarte. Incluso a hablarte del lugar. Si insistes, te contestan: «No vale la pena el viaje; no hay nada que ver». Y tienen razón. No vale la pena molestarse. Allí no descubrirás nada. Ningún monumento, ninguna placa conmemorativa. En Babi-Yar lo esencial está escondido. Lo que se ve a simple vista puede uno verlo en otras partes. En cualquier sitio de Kiev. En cada plaza, en cada lugar público. Es como si Babi-Yar se extendiera a toda la ciudad.

[...] Los guías de *Intourist* tienen razón: Babi-Yar es un lugar como cualquier otro.⁴

9. De Babyn Yar pueden decirse dos cosas: no es solamente una idea, pero tampoco es propiamente un lugar.

10. Tal vez podría decirse que sigue siendo una mónada. En su curso sobre Leibniz, Gilles Deleuze define la mónada como un sujeto, en tanto que expresa la totalidad del mundo. «Mi alma expresa el mundo entero pero no expresa claramente más que una pequeña parte del mundo, y es mi *departamento* [mi territorio, dice Leibniz en otra parte]. Mi departamento es *limitado*.»⁵ Lo que Leibniz dice del sujeto sirve para el lugar: Babyn Yar (lo mismo que otros lugares que también visitaremos) si no expresa el mundo entero, en todo caso sí expresa una cierta dimensión del mundo mucho más vasta que sus pocas hectáreas plegadas bajo un barrio anodino de Kyiv.

11. El problema es la historia. En Babyn Yar la historia también está plegada. En la superficie actúa como un gendarme con capa y kepis que agita su bastón blanco: «Circulen, no hay

nada que ver». Lo cual, por poco refractario que uno sea, lo animará precisamente a circular, a circular sin fin.

12. Recorrer, inventariar, fotografiar, describir. Día tras día, estación tras estación. A veces solos, a veces juntos.

13. Me costó, pero acabé escribiendo una primera versión de este libro. Mientras escribía, la Federación de Rusia agrupaba a sus tropas en la frontera de Ucrania e iniciaba maniobras en Belarús, desplegando cientos de carros de combate a dos horas de camino de Kyiv. Según mis notas, el manuscrito lo terminé el 22 de febrero de 2022. El 24, a las 5:07 hora local, Rusia lanzaba una serie de ataques contra Ucrania y ponía en marcha su invasión. Yo me enteré de la noticia al despertar, hacia las nueve de la mañana. Para empezar, el texto que había escrito había quedado totalmente fuera de lugar. Pero lo que me preocupaba no era eso. Hoy vuelvo a retomarlo desde una perspectiva totalmente distinta. Otra vez. Estamos a 8 de noviembre de 2022, el 258.º día de la guerra, y ya nada es igual, ni las ciudades de Ucrania ni las vidas de mis amigos ni las cuestiones que importan. Está claro que hablar de Babyn Yar sigue teniendo sentido, pero ya no es el mismo.

Situación

14. Os estoy hablando de Babyn Yar, en ruso Babiy Yar, como si supierais qué es. Pero a lo mejor no lo sabéis. Así que ahí va lo esencial. Los ejércitos nazis invadieron la ciudad de Kyiv el 19 de septiembre de 1941. El 26, el alto mando, compuesto por oficiales tanto de la Wehrmacht como de la SS, tomó la decisión de liquidar a la población judía de la ciudad. Aún no se había decidido la «solución final», eso llegaría unos meses más tarde, se trataba de una iniciativa *ad hoc*, comprensible dentro de la lógica nazi, cuyo objetivo era vengar la voladura

de numerosos edificios que albergan a soldados y oficiales alemanes, llevada a cabo por los soviéticos en los días anteriores, sobre todo a lo largo de la avenida central de la ciudad, la Khrechtchátik. Se eligió un sitio en las afueras de la ciudad, una zona baldía salpicada de fábricas, cementerios y unas pocas viviendas, y surcada por profundos barrancos. El barranco escogido para la *Grosse Aktion* se conocía localmente por este nombre de Babyn Yar: el barranco «de la tabernera», según la aceptación más común, a pesar de que se trata de una etimología cuestionable (la palabra *yar*, comúnmente utilizada en Ucrania para designar un barranco, es de origen turco). Los días 29 y 30 de septiembre, según su propio recuento obsesivo, las fuerzas alemanas fusilaron a 33.771 judíos de todas las edades. Durante la ocupación, en este barranco seguirán produciéndose matanzas, que poco a poco se irán convirtiendo en un procedimiento regular, según algunas fuentes los martes y los jueves. El total de víctimas se estima en unos cien mil, 60.000 judíos y otras 40.000 personas: soldados del Ejército Rojo, marineros de la flota del Dnipró, comisarios políticos, agentes del NKVD, civiles tomados como rehenes, gitanos, nacionalistas ucranianos, sacerdotes, enfermos mentales y muchos otros que tuvieron la desgracia de disgustar al ocupante. Eso en cuanto a los hechos acaecidos entre 1941 y 1943.

15. La masacre en sí ya la describí en otra parte. Aquí no volveré sobre ella.

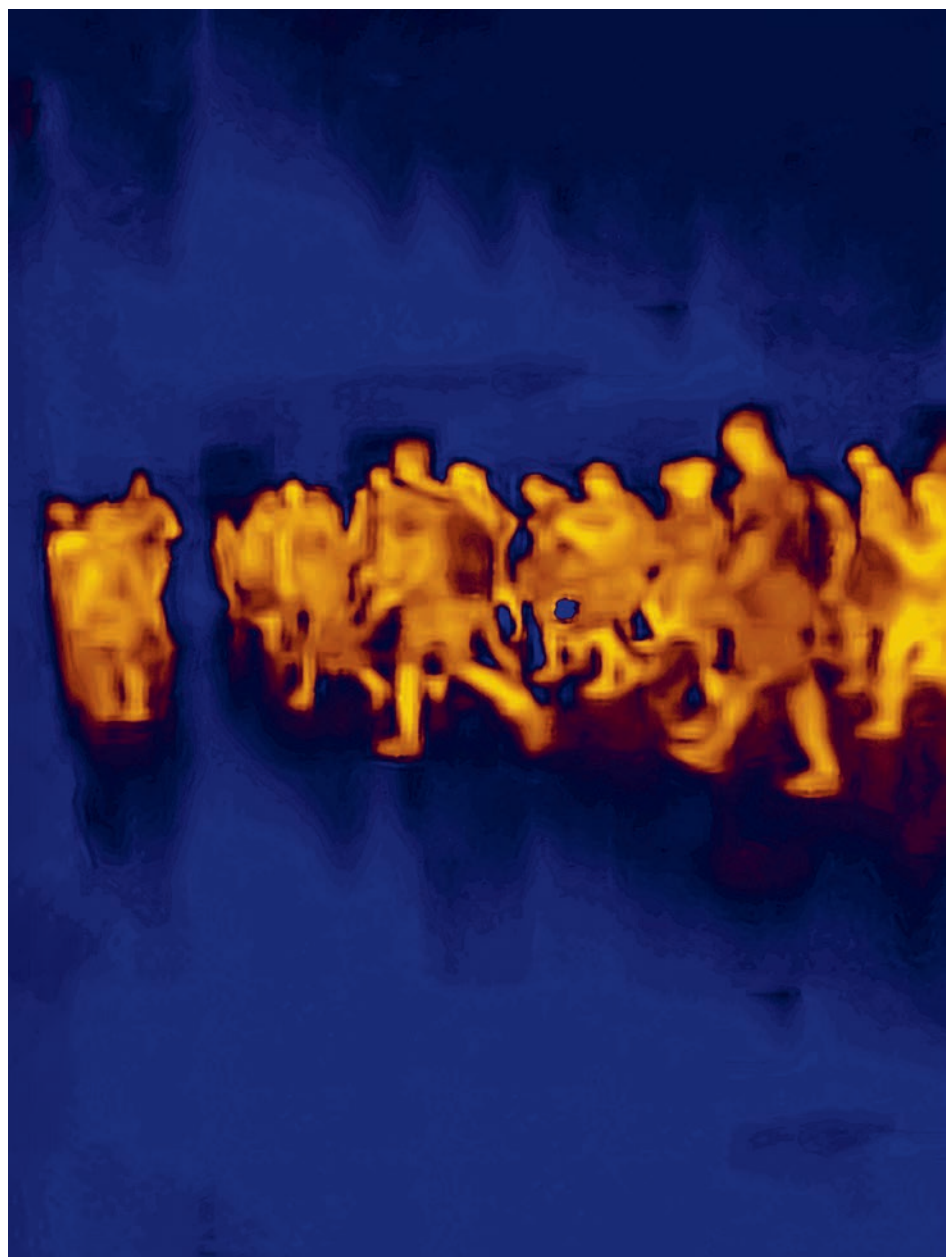
Fuera de las profundidades

16. A Babyn Yar puede llegarse en metro. Hay que tomar la línea 3 y bajar en la estación Dorohózhychi, al noroeste del centro de la ciudad. Dicen los rumores que cuando excavaron esta estación, en los años noventa, después de la independencia, los obreros subían a la superficie volquetes cargados de huesos.

Las autoridades tuvieron que hacer intervenir a un experto, Iliá Levitás, director del Consejo Judío de Ucrania, quien finalmente determinó que el lugar de la masacre se hallaba 15 metros a la derecha de las obras.⁶ Según parece, yo a este Iliá Levitás lo conocí una vez, en 2002, mientras estaba llevando a cabo ciertas investigaciones en Kyiv. Su nombre y sus datos figuran en mis notas de la época con fecha del 20 de agosto y con alguna información parcial que él me habría proporcionado, concretamente sobre la participación de colaboracionistas ucranianos en la matanza. Desafortunadamente, no lo recuerdo, y ahora está muerto.

17. Gracias a la intervención de Levitás, el escándalo fue silenciado y en marzo de 2000 se inauguró la estación. Circulen, circulen. Pero el expulsado siempre vuelve. El amigo mencionado más arriba se llama Iliá Khrzhanóvskiy; es cineasta, y desde hace unos años también director artístico del Babyn Yar Holocaust Memorial Center (BYHMC), una fundación memorial privada sobre la que volveré más adelante, creada tras la revolución del Maidán por un grupo de oligarcas y hombres de negocios rusos, ucranianos y americanos, pero sobre todo judíos. En cierta ocasión, Iliá Khrzhanóvskiy trató de cambiar el nombre de esta estación por «Babyn Yar». Craso error. El barrio se rebeló, las autoridades entraron en pánico, tuvo que dar marcha atrás enseguida. Todo tiene sus límites.

18. Un día de junio de 2021, el año anterior a la invasión rusa, Antoine y yo tomamos el metro de la línea 3 para llegar a Babyn Yar. En Dorohózhychi, las puertas se abrieron con un gran chasquido y los vagones vertieron una densa multitud que fue fluyendo en pequeños torrentes, separados por los arcos de mármol, para reunirse en el andén en una corriente compacta que avanzaba hacia las escaleras mecánicas. Eran personas de todas las edades, diferenciadas por su ropa, su pelo, sus bolsas, sus posesiones y la forma de sus cuerpos. Así canalizadas, ma-



naban hacia donde pensaban que debían ir, sin hacerse demasiadas preguntas sobre lo que les esperaba. Antoine las fotografió con una cámara térmica: las imágenes mostraban una fila de espectros naranjas con forma humana avanzando en fila sobre un fondo azul.

19. Como todas las estaciones de metro de la antigua URSS, la estación Dorohózhychi fue diseñada para servir de refugio en caso de guerra, de modo que el 24 de febrero de 2022 y los días siguientes, la gente del vecindario se refugió en sus profundidades. El gran vestíbulo de mármol fue transformado en campamento, la gente, abrigada, rodeada de algunas posesiones, de bolsas de comida y botellas de agua mineral, dormía alineada sobre colchones o encima de los asientos de los vagones allí detenidos, entre el eco de los gritos de los niños, los ladridos de los perros y el murmullo de las voces preocupadas.

20. Tomar las interminables escaleras mecánicas del metro de Kyiv es algo que me gusta mucho. Las de Dorohózhychi tardan por lo menos tres minutos en izarte hasta la salida. Eso me dejaba todo el tiempo del mundo para contemplar las cajas luminosas de las vallas publicitarias, una cada ocho segundos, la perspectiva de los arcos de la bóveda que iban desfilando ante mí, los hombros cansados de la persona que ascendía en el peldaño de delante del mío, las caras opacas de la gente perdida en sus pensamientos o en sus teléfonos mientras bajaban por la escalera mecánica de enfrente, con una rara, una fugitiva sonrisa.

21. Ya arriba, había que empujar una de las pesadas puertas acristaladas. Era maciza, resistente, me pregunté cómo hacían los niños y los ancianitos. Se abría a un *perekhid*, un paso cubierto pero no completamente subterráneo en que convergían varias rampas o escaleras que desembocaban allí desde distintos lados del cruce que había en la superficie. En ese *perekhid*

hay: un Big-Burg, un Arabik Chaourma, un minisupermercado Kolo, una peluquería sin nombre, dos vendedores de flores que exponen sus ramos en el suelo, un kiosco donde venden material electrónico, una tienda de precios bajos llamada Bonus, una droguería Watsons y cuatro tenderetes de café y pastelitos: Kaviarnia-Kondíterska, Premium Coffee, Energy Coffee y Aroma Kava. Antoine eligió un poco al azar el Aroma Kava, yo me pedí un té, él un expreso, nos los bebimos allí de pie entre la gente del barrio y los vagabundos apostados en los rincones. Más tarde volvimos allí a menudo, a veces les dábamos café a los sin techo, a quienes aquí llaman BOMZh (acrónimo de «sin lugar de residencia fijo», en ruso). En invierno eso te templaba, sentaba bien.

Actualización

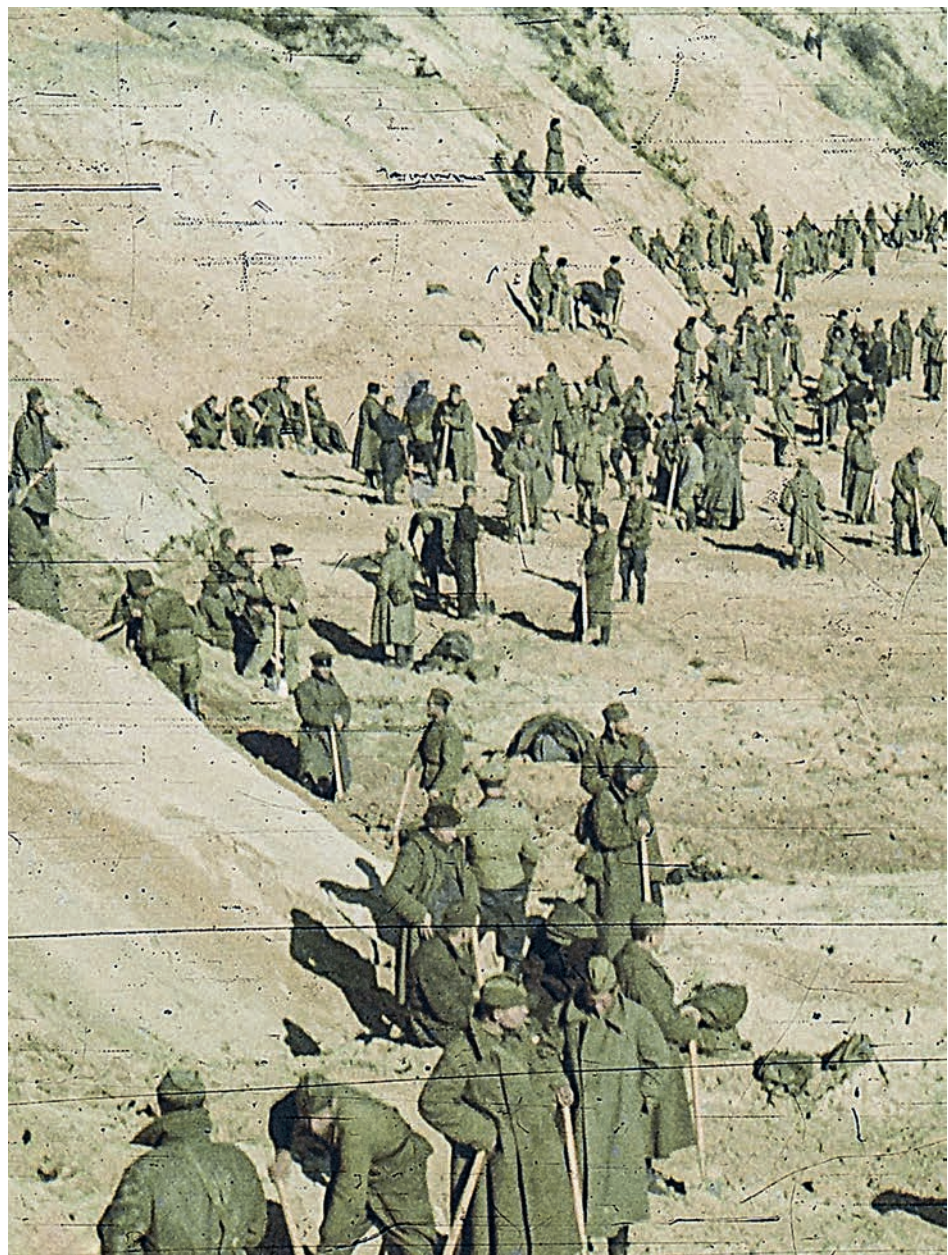
22. Detrás del Aroma Kava, el *perekhid* daba a pie llano a un parque enorme. Eso es lo que nosotros mirábamos mientras soplábamos sobre nuestras bebidas calientes. Diseñado en los años setenta y acabado en 1980, el parque está distribuido en tres grandes partes: las dos primeras planas, poco boscosas, surcadas por caminos bordeados con cuerdas y separadas entre ellas por la calle Yuri Illienko y el *perekhid* del metro; y una tercera, a mayor altura y rodeada de pequeños barrancos, que se funde en un gran bosque llamado el Kyrílivskiy Gay. Durante el día está tranquilamente animado por corredores y paseantes, adolescentes en grupos, jubilados solitarios, vecinos que pasean al perro y mujeres jóvenes que empujan sus cochecitos, a menudo en parejas o acompañadas de sus madres. Estas personas beben cerveza, hablan por móvil, ríen, charlan e ignoran soberanamente las decenas de monumentos que llenan el parque cada pocos metros. Si nos adentramos un poco en las zonas boscosas de al lado, enseguida encontramos restos de pequeñas hogueras, montones de basura y de botellas vacías. Por la

noche, los grandes caminos están iluminadas por farolas LED; detrás, a oscuras, quedan los árboles, las masas del bosque. El parque nunca queda vacío; se oyen pasos sobre las losas, conversaciones tranquilas y banales, risas, luego grillos y, más allá, el incesante zumbido de los vehículos que pasan por Illienko y sobre todo por la calle Olena Teliha, el gran eje que separa el parque del barrio de Syrets. Los bosques, por la noche, son el dominio de los BOMZh, y aparte de bebedores solitarios y amantes que carecen de un espacio íntimo y diseminan sus condones por entre los árboles, pocos son los que en ellos se aventuran. Pero a mí cuando más me gusta es en invierno. Cuando cae una nieve ligera, feérica, desde un cielo gris y encapotado, recubre suavemente el parque y todo sigue igual de animado: los caminantes continúan circulando por los caminos como fantasmas abrigados, los niños vestidos con monos de nieve de colores chillones huyen de sus molestos padres o juegan con sus trineos lanzando agudos gritos de felicidad, formando como series de pequeñas manchas de colores sobre el espesor blanco que cubre el lugar.

23. Me habían dicho: Babyn Yar es aquí. Pero Babyn Yar era un barranco, y aquí está todo plano. Qué curioso no-lugar, hasta los barrancos han desaparecido. Es algo que empezó inmediatamente después de la matanza: ya en la noche del 29 de septiembre, los alemanes derribaron con excavadoras una parte de los flancos del *yar* para enterrar los cuerpos. Mirad las famosas fotos en color, tomadas por un tal Johannes Hähle, fotógrafo habitual de la Propaganda-Kompanie 637, probablemente el 1 de octubre de 1941: en tres de ellas veréis a decenas de prisioneros de guerra soviéticos custodiados por soldados de la Wehrmacht, aplanando con palas la masa de tierra amontonada sobre los cadáveres. La operación alemana de camuflaje siguió adelante hasta el último momento. A partir de mediados de agosto de 1943, poco antes de que el Ejército Rojo volviera a tomar la ciudad, la SS movilizó a varios cente-

nares de detenidos del campo de concentración de Syrets, tanto judíos como no judíos, para desenterrar los restos de las víctimas y quemarlas en unas piras enormes construidas con raíles, así como con las rejas de hierro forjado y las lápidas de un cementerio judío cercano. El 29 de septiembre, día del segundo aniversario de la masacre inicial, 327 de esos prisioneros, conscientes de que también ellos iban a ser liquidados, se sublevaron; 18 de ellos sobrevivieron para dar testimonio de aquella operación de limpieza. El poder soviético continuó con su obra y la culminó. En 1950, una comisión de la ciudad de Kyiv decidió nivelar Babyn Yar por completo, vertiendo las aguas fangosas sobrantes de las numerosas fábricas de ladrillos de Syrets o de la calle Kyrílivska (la mayoría de cuyos antiguos propietarios y obreros, que eran judíos, yacían en el fondo del barranco). Se instalaron tuberías y las aguas fangosas fueron llenando un ramal del barranco tras otro, luego quedaban estancadas durante largos meses, y a medida que el agua se evaporaba, el fango se iba secando y a continuación vertían otra capa. En otros tiempos, la gente sencilla del centro de Ucrania –que tomando como referencia el río Dnipró, que divide el país en dos, se llama Ucrania de la orilla derecha– creía que «Dios creó la tierra plana, y Satanás surcó los barrancos, creó oscuras las arboledas y los lugares sin luz donde se ocultan los espíritus».⁷ En Kyiv, los alemanes y luego los soviéticos prolongaron la obra de Dios y borraron la del diablo.

24. El llenado de los barrancos del distrito de Shevchenko continuó a lo largo de toda la década de 1950. Pero el invierno de 1960-1961 fue especialmente nevoso, y en marzo cayeron sobre la ciudad unas lluvias torrenciales; además, las fábricas de ladrillos –una golondrina no hace verano– superaron sus expectativas y en consecuencia produjeron un excedente de residuos. Durante las primeras horas de la madrugada del 13 de marzo de 1961, una presa mal construida fue incapaz de resistir tanta presión y cedió, dejando escapar millones de metros



cúbicos de lodo líquido que inundaron el barrio de Kurenivka y ahogaron a los vecinos en las plantas bajas, en los sótanos y en los vehículos. El recuento oficial de víctimas ascendió a 145 muertos; la realidad estaría más cerca de mil quinientos.⁸ Las imágenes filmadas del barrio después del desastre muestran un mar de lodo sin fin en el que sobresalen casas bajas, cabinas de camiones, tranvías, árboles y postes, y en el que los servicios de socorro chapotean penosamente. El poder soviético indemnizó a los supervivientes y encubrió el asunto. También puso fin discretamente a la operación de llenado de los *yary*, que en tanto que no llegó a completarse, dejó algunos al descubierto, y hoy siguen bordeando o resquebrajando la parte alta del parque.

25. Este lugar parece liso. La memoria de Babyn Yar, como los restos de los cuerpos, es subterránea (Leibniz habría dicho plegada). Es una memoria gris, espectral, oculta, pero que brota por todas partes, incluso de una taza de cartón llena de té caliente del Aroma Kava. Hay que rascar, luego sacarse la tierra de debajo de las uñas, restregarla entre los dedos, olerla, saborearla, ver qué pequeños indicios pueden extraerse de ella.

Monumentos

26. El 30 de mayo de 1955, el escritor soviético Vasili Grossman, «tras recorrer la calle Volkhonka a lo largo de los cordones de la milicia moscovita que contenía a una multitud de miles de personas deseosas de contemplar los cuadros de los grandes maestros», entró en el museo Pushkin de Moscú para acercarse a la Madonna Sixtina de Rafael, incautada en 1945 en el museo de Dresde por las tropas victoriosas del Ejército Rojo y a punto de ser devuelta a la RDA, diez años más tarde.⁹ El cuadro le causó vértigo. «Más tarde, caminando por la calle, asombrado y conmovido por el poder de esas impresiones repentinas [...] entendí que la visión de esa joven madre con su hijo en

brazos no me transportaba a un libro o a una música, sino a Treblinka...»¹⁰ Y a continuación Grossman se cita a sí mismo, algunos pasajes de *El infierno de Treblinka*, un largo texto redactado como consecuencia del *shock* que le causó descubrir las huellas del campo de exterminio en julio de 1944, publicado por primera vez en *Znamia*, en noviembre del mismo año, luego presentado como testimonio por los fiscales soviéticos en los juicios de Núremberg, y rápidamente traducido a muchas lenguas europeas, incluyendo el francés, en noviembre de 1945.¹¹

Esos pinos, esa arena, esa vieja cepa, millones de ojos humanos los han mirado. [...] Entramos en el campo, pisamos la tierra de Treblinka. [...] Camisas medio descompuestas de los muertos, zapatos, engranajes de relojes, navajas, candelabros, zapatitos de niños con pompones rojos, ropa de encaje, toallas con bordados ucranianos, ollas, latas, tazas de plástico para niños, cartas de niños escritas a lápiz, pequeñas *plaquettes* de poemas... Seguimos avanzando sobre esta tierra sin fondo que ondea, la tierra de Treblinka, y de repente nos detenemos. Espesas cabelleras rubias y rizadas, cobre ondulante, cabellos de niña, finos, ligeros, encantadores, pisoteados en el suelo, y a su lado, rizos igualmente rubios, y más allá, sobre la arena clara, pesadas trenzas negras, y otras, otras más...¹²

Sin embargo, en *La Madonna Sixtina*, Grossman no cita el pasaje entero, omite las siguientes frases que en su texto original sí aparecen:

La tierra ondea bajo los pies, blanda, grasa, como regada copiosamente con aceite de linaza, la tierra sin fondo de Treblinka, moviente como el abismo del mar. Este terreno baldío, rodeado de alambre de espino, se ha tragado más vidas humanas que todos los océanos y los mares del globo desde que existe el género humano. La tierra vomita fragmentos de huesos, dientes, objetos, papeles; no quiere guardar secretos.¹³

